

Penitencia y oración

Nuestra Señora de Fátima
Planes de Renderos
15 de mayo de 1977

Queridos hermanos:

Hoy la Iglesia de la tierra peregrina se encuentra con la Iglesia del cielo que desciende en esa visión magnífica que se hace una tarde pintoresca aquí, en la cumbre de Los Planes de Renderos.

Cerca de cuatrocientas palmas, adornadas con un arte tan propio de este lugar, son el signo de una Iglesia que marcha con el símbolo del martirio. La palma en la liturgia significa el martirio, pero también la victoria. Esta es la victoria que vence al mundo, decía Cristo: vuestra fe. Y al encuentro de esta Iglesia peregrina dispuesta al martirio, al sufrimiento, sale María para decirnos, en la visión del Apocalipsis, que ella es el signo de las almas valientes, de las almas que no traicionan su fe, de las almas que están dispuestas como las que aquí han salido a su encuentro, al martirio si fuera necesario.

No todos, dice el Concilio Vaticano II, tendrán el honor de dar su sangre física, de ser matados por la fe; pero sí pide Dios, a todos los que creen en él, espíritu de martirio; es decir, todos debemos de estar dispuestos a morir por nuestra fe aunque no nos conceda el Señor este honor, pero sí estamos dispuestos para que cuando llegue nuestra hora de entregarle cuentas, podamos decir: Señor, yo estuve dispuesto a dar mi vida por ti. Y la he dado, porque dar la vida no es solo que lo maten a uno; dar la vida, tener espíritu de martirio, es dar en el deber, en el silencio, en la oración; en el cumplimiento honesto del deber, en ese silencio de la vida cotidiana, ir dando la vida, como la da la madre

que sin aspavientos, con la sencillez del martirio maternal, da a luz, da de mamar, hace crecer, cuida con cariño a su hijo. Es dar la vida. Este espíritu de entrega es el que significa para mí, en esta tarde, esta procesión de palmas. Ojalá que todos interpretemos para nuestra vida eso que ahora es tan necesario: un sentido de entrega de la vida a la santidad, al deber bien cumplido, porque esta es la invitación que la Virgen ha bajado a hacer al mundo.

Hoy, en mayo, hace sesenta años la Virgen baja en Fátima en la figura que la hemos traído en la procesión, con sus manitas juntas, con su rosario pendiente al brazo, vestida de blanco, una belleza que aquellos niños jamás pudieron describir. ¡Cómo tiene que ser bella la más hermosa, la bendita entre todas las mujeres, para traernos solamente dos palabras: penitencia y oración! Este es el resumen del mensaje de Fátima que queremos recoger ahora, como una oportunidad maravillosa para el momento que estamos viviendo. Penitencia y oración es lo que más necesitamos en este instante en que el dragón, que nos ha descrito la Biblia hoy, como que quiere tragarse a la mujer, y esa mujer es la Virgen y es la Iglesia.

Ap 12, 4

La Iglesia y la Virgen son como los rayos gemelos que brotan del corazón de Dios. La historia de María es la historia de la Iglesia y la historia de la Iglesia es la historia de María. María y la Iglesia son inseparables. La belleza de María pertenece a la belleza de la Iglesia. Los problemas de la Iglesia pertenecen a la vida de María, como una madre identificada con su hija, María, madre de la Iglesia, van por el mundo llevando siempre el mismo corazón: elevarse a Dios. El Magnificat —que el Evangelio nos acaba de recordar— es el Magnificat de María que, como la Iglesia, engrandece al Señor. “Ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso”, lo puede decir María y lo sabe decir la Iglesia. Es el canto de la fe y de la esperanza puesta en Dios.

Lc 1, 46-55

Lc 1, 49

Es hermoso ser católico en esta hora, hermanos, yo les digo: no nos aflijamos, sintamos la alegría, el espíritu de la valentía, nuestra entrega a Dios. Cuanto menos encontremos el apoyo en las cosas de la tierra, mayor será la protección de Dios, como lo hemos visto en el Apocalipsis. Aquella mujer inválida es la Iglesia, es María; pero esa invalidez, esa debilidad, esa pequeñez, esa humildad, se convierte en la fortaleza de un Dios que la protege y la salva del dragón, y la lleva al triunfo como cantaba el Apocalipsis: ya llega la victoria del Señor. En Él está nuestra esperanza.

Ap 12, 10

Penitencia

Entonces, lo que quiere María, para identificarse más con nosotros y que nosotros nos identifiquemos con ella, es la realización de esas dos palabras. Penitencia fue la palabra con que Cristo comenzó a predicar el Evangelio y es la sustancia de la predicación de la Iglesia: haced penitencia, convertíos, dejad los malos caminos. Qué oportuno es salir en esta hora a todos los caminos de la patria, donde encontramos tanto odio, tanta calumnia, tanta venganza, tanto corazón perverso, para decirles: convertíos.

Mc 1, 15

Si la Iglesia repudia la violencia, si la Iglesia jamás aprobará un crimen como los que se han cometido en esta semana, no lo hace con odio al que disparó una pistola, al que mató, al que secuestró, sino con amor le dice: “Conviértete”. ¡Quién me diera, hermanos, que esta palabra de Evangelio con la ternura de los labios de la Virgen que ama a los pecadores, llegara hasta esos lugares donde están escondidos tantos criminales, donde se está fraguando tanta calumnia, a esos rincones de sombra y de infierno, para decirle a esos pobres pecadores: conviértanse, no siembren más odios, no maten más gente, no calumnien más; conviértanse, que esos caminos perversos llevan al infierno y la Virgen los quiere en su cielo!

Qué hermosa fue la muerte del padre Navarro; cuando una señora que lo recogía del charco de sangre le pregunta: “¿Padre, qué le duele?”, dijo: “Lo que me duele es el pecado que han cometido conmigo, pero yo perdono a los que me matan; y lo que me duele son mis pecados, yo le pido perdón a Dios”. Y comenzó rezando con aquellos labios todos deshechos por las balas, hasta que muere rezando y pidiendo perdón. Esto es penitencia. Recojamos estos ejemplos, y ojalá, hermanos, si alguno por desgracia se encontrara en esta muchedumbre dudando de la Iglesia, creyendo las calumnias, maldiciendo a los sacerdotes, que somos ahora la comida del día, yo les digo, hermanos: conviértanse. La Virgen nos pide esta tarde: “Convertíos”. Conversión también de los pecados que cada uno lleva en su corazón. Yo llevo mis propios pecados y cada uno de ustedes. ¿Quién de los que estamos aquí no es pecador? Pidámosle al Señor el perdón, convirtámonos, dejemos el mal camino; esto es el llamamiento de la Virgen, y oración.

Oración

La Virgen sabe lo que puede la oración. Y esta tarde para mí es embelesadora, es una tarde de oración. Oran aquí esas flores, esas palmas. Aquellas manos primorosas que hicieron esos primores de flores de palmas estaban orando mientras ensartaban los pétalos y esas palmas. Los que han caminado en esta procesión en torno de la Virgen, cantaban, rezaban y aunque distraídos corrían como los niños: ese también es un modo de orar. Hemos venido aquí atraídos tal vez por algo folclórico, pero, al ver este templo y la seriedad del momento, estamos orando. Que no decaiga de nuestro corazón y de nuestros labios la oración, levantar el corazón a Dios, pedirle favores, darle gracias, pedir misericordia. Yo tengo mucha confianza, hermanos, en esta hora, porque hay muchas almas en oración. Yo no me aflijo mientras haya almas que oran. Yo le digo al Señor, en la intimidad de mi misa, como lo decimos todos los sacerdotes: “Señor, no te fijes en mis pecados, sino en la fe de tu Iglesia”. Fe de tu Iglesia es la viejecita que reza su Rosario; fe de tu Iglesia es el enfermo que se siente inútil, pero que le está ofreciendo a Dios sus dolores; fe de la Iglesia es el padre de familia preocupado por sustentar su familia, honrado y fiel a su hogar; oración, fe de la Iglesia, la santa religiosa que se santifica en su propia vocación. El sacerdote, el seminarista, el niño, cada uno vive su Iglesia. La Iglesia la formamos todos y, en la medida en que estamos en oración y nos santificamos, somos la fuerza del mundo, la fuerza que baja de Dios, porque de Dios nos deriva esa potencia de la oración.

Hermanos, este es el mensaje de la Virgen. Yo me alegro de haberlo podido interpretar con mi pobre palabra y ojalá encuentre eco en cada corazón. Hagamos una Iglesia de penitencia y oración. Hagamos una Iglesia como la Virgen quiere, y la Virgen se identificará con nosotros. No estamos solos. A mí me gusta mucho escuchar, en este momento, aquella palabra de la Virgen cuando bajó a nuestras tierras americanas en México, en el Tepeyac, ante el indito que representaba toda nuestra raza, le dice la Virgen de Guadalupe: “¿Que no estoy yo aquí que soy tu madre?”. ¡Qué cariño más hermoso y más poderoso! Estos niños pequeñitos, si ahora sucediera una desgracia, una aflicción, a cada uno de ellos, ¿a quién correrían? A buscar a su mamá.

Saben que encuentran en ella toda la protección. Nosotros somos esos niños inválidos ante una circunstancia que no sabemos hacia dónde va, sembrada de odio por los malos corazones, a los que le pedimos a la Virgen que los convierta. Pero en esta hora de aflicción, sentimos la voz de la madre que nos dice: “¿Que no estoy yo aquí que soy tu madre?”. Y corremos a refugiarnos a ella. Representante de esta diócesis afligida, yo pongo en esta tarde a los pies de la Virgen la diócesis como una niña para que ella la proteja; y estoy seguro que la está protegiendo, la está amando y no nos desampará. Tengamos mucha confianza, hermanos, en nuestra Señora y este homenaje tan pintoresco, tan bello, que le hemos tributado en esta tarde, sin duda que redundará, de parte de la Virgen, en una protección todavía mayor.

Celebremos esta eucaristía a los pies de la Virgen para que ella la eleve hasta Dios. Nada puede rechazar Dios cuando se lo presentan esas manos virginales —“hallaste gracia a los ojos de Dios”, le dice el ángel—, porque nada que la Virgen le pida al Señor se lo puede negar. Y ella lo alcanzará, pues, ofreciéndole el cuerpo y la sangre de Cristo por medio de sus sacerdotes, ella —que es madre de los obispos, de los sacerdotes, de las religiosas, de los fieles—, ella alcanzará del Señor que esta sangre de Cristo “que se derrama por vosotros”, se convierta de veras en una lluvia de paz, de tranquilidad, de concordia, de reconciliación sobre este país tan necesitado de la Virgen.

Lc 1, 28

Lc 22, 20